

CXXIII

Aun allí en vano de evitar se trata
 La furia atroz del huracan violento;
 Aquí ó allá se apaga una fogata;
 Donde quiera entra el agua y sopla el viento;
 Rompe telas y postes, desbarata
 Las tiendas y las lleva de su asiento:
 Lluvia y gritos y viento y truenos crecen
 Y en concierto diabólico ensordecen.

FIN DEL CANTO SÉPTIMO.

CANTO OCTAVO.

Desastre de los cruzados daneses y muerte heroica
 de Esveno su príncipe y cabeza.
 Discordia en el campo de los cristianos, nacida de la falsa noticia de la muerte
 de Reynaldo, y sosegada con la presencia de Godofredo.

I

Pasaron ya los truenos y tormenta,
 Ya no soplan los vientos desatados,
 Y del cielo saliendo Aurora, ostenta
 Con la frente de rosas, piés dorados.
 Mas los que levantaron la violenta
 Tempestad, no descansan sosegados;
 Antes uno (Astagorre su nombre era)
 Dice á Alecto, su digna compañera:

II

“ Mira, Alecto, venir (y no es posible
 “ Impedirlo al infierno) un caballero
 “ Que salió vivo del poder terrible
 “ Del que domina nuestro reino entero.
 “ A los francos narrando el caso horrible
 “ De su señor, intrépido guerrero,
 “ Cosas les hará ver que acaso hicieran
 “ Que á Reynaldo llamar al punto quieran.

III

"Sabes lo que eso importa, y que es prudente
 "Combatir al principio lo que daña:
 "Véte á los francos, pues, y lo que cuente
 "Por bien éste, en mal torna y enmaraña;
 "Veneno y fuego siembra entre la gente
 "Del Lacio, de la Helvecia y la Bretaña;
 "Iras mueve y tumultos, y haz en suma
 "Que en reyertas el campo se consuma.

IV

"Digna es de tí la obra y ofreciste
 "Llevarla á cabo, nuestro rey delante."
 Dícele así. La Furia no resiste
 El mandato, y se parte en el instante.
 Llegaba en tanto el mensajero triste
 Al real de los francos, anhelante,
 Y ser llevado humilde les demanda
 A presencia del jefe que allí manda.

V

Condúcele do está el jefe cristiano;
 Cada cual nuevas de su boca espera;
 Llega y pide besar la augusta mano
 Que terror de Babel soberbia era.
 "Señor, dice, á quien límite el océano
 "Es de tu fama y la estrellada esfera,
 "Serte quisiera mensajero grato."
 Suspira, y continúa al breve rato:

VI

"Del Rey danés Esveno descendiente
 "Y único apoyo á su vejez cansada,
 "De seguirte sintió deseo ardiente
 "Y á los que por Jesus ciñen espada.
 "A fatiga y peligro indiferente,
 "Ni amor del reino, ni piedad sagrada
 "Del viejo padre, aquel deseo honroso
 "Entibian en su pecho generoso.

VII

"Aprender anhelaba el noble arte
 "De la milicia fatigosa y dura,
 "De tí, noble maestro, y sentia en parte
 "Pena y vergüenza de su fama oscura,
 "Y el nombre de Reynaldo, nuevo Marte,
 "Oir con gloria, en verde edad, madura;
 "Mas sobre todo le impulsaba el celo
 "No de honor terrenal, mas el del cielo.

VIII

"Tardanzas abreviando, en un momento
 "Resuelto y bravo un escuadron allega;
 "A la ciudad que es del imperio asiento,
 "Por Tracia caminando, en breve llega,
 "Do el griego Augusto dióle acogimiento.
 "Tu enviado su mensaje allí le entrega,
 "Y nos narró la toma de Antioquía
 "Y cómo tu valor la defendía,

IX

"Cuando á sitiaria fueron arrogantes
 "Los persas, con tan grande poderío,
 "Que de armas y caballos y habitantes
 "Su reino al parecer quedó vacío.
 "De tí y otros los hechos importantes
 "Dijo, y despues del gran Reynaldo el brío,
 "Su fuga audaz, y cuánto más glorioso
 "Ha acabado el mancebo generoso,

X

"Y á la fin agregó que ya venia
 "Tu ejército á asaltar esta muralla,
 "E instóle á que á lo ménos compañía
 "Fuese á tu triunfo en la última batalla.
 "El gran valor que Esveno contenia,
 "Estimulado así, por fin estalla,
 "Y ya cree que tarda en los paganos
 "La espada usar, ensangrentar las manos:

XI

" Parece que le tache de cobarde
 " De otro el valor, y oirlo le atormenta:
 " Si consejo le dan que le retarde,
 " No le oye, ó por lo ménos lo aparenta;
 " Si algo teme, es tan sólo llegar tarde
 " Donde en los riesgos tu valor se aumenta;
 " No tener parte en ellos sólo siente,
 " A cualquier otro mal indiferente.

XII

" Él mismo precipita su destino
 " Que á los demas arrastra y á él le guia,
 " Y con el ansia de partir, previno
 " La salida al rayar del nuevo dia.
 " Jefe y señor, prefiere en su camino
 " Por mejor, la más breve y recta via;
 " Ni paso malo alguno huir pretende,
 " Ni el país de enemigo á quien ofende.

XIII

" Hambres sufrimos y caminos duros,
 " Y ataques descubiertos ó embozados;
 " Mas viendo cerca el fin de los apuros
 " Y á los contrarios muertos ó ahuyentados,
 " Los peligros haciannos seguros,
 " Los triunfos insolentes y alentados,
 " Cuando llegamos á acampar un dia
 " De Palestina ya en la cercanía.

XIV

" Avisannos las guardias avanzadas
 " Que rumor fuerte de armas han oido,
 " E indicios hay y señas declaradas
 " De acercarse un ejército crecido.
 " No la mente, el color ó las miradas
 " O la voz cambia Esveno el atrevido,
 " Aunque á muchos las nuevas que se oian
 " De palidez los rostros les cubrian.

XV

" Antes dice: "Ved cuánto está vecina
 " Corona de martirio ó de victoria:
 " Esta espero, aunque mi alma bien se inclina
 " Al mérito mayor, con igual gloria:
 " Hermanos, este campo se destina
 " A templo sacro y á inmortal memoria,
 " En que señalará la edad futura
 " Trofeo nuestro ó noble sepultura."

XVI

" Así habla, y las guardias luego pone,
 " Los puestos distribuye y la fatiga;
 " Manda dormir armados, ni depone
 " Él mismo los arneses ó loriga.
 " Era la noche y hora que dispone
 " Al silencio, y al sueño es más amiga,
 " Cuando de aullidos bárbaros resuena
 " Rumor que el cielo y el abismo atruena.

XVII

" Gritan: ¡al arma! ¡al arma! Armado Esveno,
 " Antes que ningun otro se levanta;
 " Muestran su rostro y su mirar sereno
 " Que ningun riesgo su valor espanta.
 " Darnos asalto. Está ya el campo lleno
 " De gente que á cercarnos se adelanta;
 " Bosque de astas y espadas nos circunda,
 " Y una lluvia de flechas nos inunda.

XVIII

" En lucha desigual, que veinte eran
 " Los asaltantes para cada uno,
 " Fuerza es que muchos maten y más hieran
 " En tiempo á las sorpresas oportuno.
 " Cuántos y quiénes los caidos fueran
 " Entre las sombras, no distingue alguno.
 " La noche nuestras pérdidas encubre,
 " Y nuestros altos hechos tambien cubre.

XIX

" Mas sobre todos tanto alza la frente
 " Esveno, que es el verle fácil cosa,
 " Y distinguir de su valor ardiente
 " Los hechos, y su fuerza prodigiosa.
 " Sangre y muertos, un monte y un torrente,
 " Foso y trinchera le hacen horrorosa;
 " Llevar parecen donde á ir acierte
 " Horror sus ojos y su mano muerte.

XX

" Duró el combate así hasta los albores
 " Que de rosas sembrando iban el cielo;
 " Mas cuando descubrimos los horrores
 " Que en la noche de horror cubrió su velo,
 " La deseada luz nuestros terrores
 " Aumentó, y nos colmó de amargo duelo:
 " De muertos lleno el campo, y nuestra gente
 " Casi acabada vimos tristemente.

XXI

" De dos mil no hay ya ciento. Él contemplando
 " Tanta sangre vertida y tanto muerto,
 " Si se está el fuerte pecho lastimando
 " O acaso teme, yo á decir no acierto.
 " Sin mostrar turbacion, la voz alzando,
 " Sigamos—grita—al cielo en rumbo cierto
 " De nuestros compañeros el destino,
 " Que con su sangre marcan el camino."

XXII

" Dijo, y con gozo muestra la vecina
 " Muerte ver, tal es su ánimo y semblante:
 " Al encuentro á la bárbara ruina
 " Corre con pecho intrépido y constante;
 " No resiste armadura, aunque más fina
 " Fuera, no ya de acero, de diamante,
 " Los golpes de su diestra enfurecida,
 " Y su cuerpo ya todo es una herida.

XXIII

" La vida no, sino el valor sostiene
 " Aquel feroz cadáver é invencible,
 " Herido hiere y nada le contiene:
 " Cuanto ofendido más, es más temible;
 " Mas hé aquí que sobre él furioso viene
 " Un gigante, en mirar y en rostro horrible,
 " Y al fin de larga y obstinada guerra
 " Con la ayuda de muchos le echa en tierra.

XXIV

" Cae el mancebo invicto. ¡Oh dolorosa
 " Suerte! ¡y no haber allí quien le vengara!
 " Testigos sedme, sangre generosa,
 " Huesos nobles de aquel que tanto amara,
 " Que no fuí avaro de mi vida odiosa;
 " Ni á hierro ó á heridor negué la cara,
 " Y si mi muerte el cielo allí quisiera,
 " Por mis hechos muy bien la mereciera.

XXV

" Vivo solo entre tantos que cayeron,
 " Caigo, y ninguno vivo me juzgaba;
 " No supe los contrarios qué se hicieron,
 " Pues desmayado, sin sentido estaba;
 " Y cuando ya mis ojos ver pudieron
 " (Que ántes oscura sombra los cegaba),
 " De noche parecióme, y vacilante
 " Ví una pequeña luz, no muy distante.

XXVI

" Debilitado y casi sin aliento,
 " No bien claro las cosas discernia:
 " Comó quien abre y cierra soñoliento
 " Los ojos, ya velaba ó ya dormia;
 " De heridas el dolor, hasta allí lento,
 " Agudo ya y molesto se me hacia
 " Por el aire nocturno y por el hielo,
 " Tendido en tierra, bajo abierto cielo.

XXVII

" Más y más acercándose entretanto
 " Va la luz, y un murmullo bajo suena:
 " Llega al fin á mi lado; yo levanto
 " Mi débil vista, no sin grande pena;
 " A dos veo que visten largo manto,
 " Con sendas luces, y oigo: "Hijo, llena
 " De fe, eleva tu alma al Dios potente
 " Que su gracia prodiga al buen creyente."

XXVIII

" El uno me habla así, luego la mano
 " Sobre mi cuerpo extiende, bendiciendo;
 " Percibo un rezo al parecer cristiano,
 " Del que muy poco oigo y nada entiendo.
 " Álzate—dice—y yo ligero y sano
 " Me alzo, ya las heridas no sintiendo,
 " ¡Oh milagro! pues ántes me parece
 " Que en mi cuerpo el vigor y fuerza crece.

XXIX

" Atónito los miro, y espantada
 " Mi alma, cierto no cree aquel portento.
 " Díceme el uno: "Hombre de fe menguada,
 " ¿Qué dudas? ¿Dónde va tu pensamiento?
 " Real cuerpo ve en nosotros tu mirada,
 " Siervos de Dios, seguimos el intento,
 " Dejado el mundo, su dulzor y engaños,
 " De hacer áspera vida de ermitaños.

XXX

" Ministro suyo, á tu salud me ha electo
 " Aquel Señor que reina en el altura,
 " Que para un alto y milagroso efecto
 " No desdenea emplear baja criatura,
 " MénoS querrá que aquí quede el perfecto
 " Cuerpo en que se alojaba alma tan pura,
 " El cual con ella aún, lúcido y leve
 " Y hecho inmortal, volver á unirse debe.

XXXI

" Digo el cuerpo de Esveno, al que ha de darse
 " Tumba á valor tan grande, conveniente,
 " Que será señalada, y ha de honrarse
 " Por la piadosa venidera gente.
 " Los ojos alza al cielo, en él mostrarse
 " Mira ese astro, cual sol resplandeciente,
 " Que con los vivos rayos con que luce,
 " De tu señor al cuerpo te conduce.

XXXII

" Entónces veo de la hermosa estrella
 " O sol nocturno, un rayo que descende
 " Y hácia el gran cuerpo en luminosa huella,
 " Como áureo rasgo de pincel se extiende;
 " Tanta y tan viva luz sobre él destella,
 " Que su herida parece que se enciende;
 " Y al punto reconozco su figura
 " En la hórrida, sangrienta revoltura.

XXXIII

" No yace el rostro en tierra: como ha sido
 " Siempre su anhelo la celeste esfera,
 " Tiene al cielo el semblante dirigido,
 " Como quien á él volar sólo quisiera;
 " La diestra el hierro aprieta, recogido
 " El brazo, en ademan de hombre que hiera;
 " La otra al pecho en accion humilde y pia
 " Que parece que á Dios perdon pedia.

XXXIV

" Yo sus heridas lavo con mi llanto,
 " Sin que eso alivie mi alma dolorida;
 " Miéntas, su diestra abriendo el viejo santo,
 " La espada le quitó que aun tenia asida.
 " Esta—dice—que hoy hizo daño tanto
 " Al infiel y en su sangre aun veo teñida,
 " Perfecta, como sabes, tai vez sea
 " La mejor que en el mundo ora se emplea.

XXXV

" Quiere el cielo que ya que ora la aparte
 " De su primer señor acerba muerte,
 " Ociosa no quede en esta parte,
 " Mas de una pase á otra mano fuerte
 " Que la use con igual vigor y arte,
 " Tiempo más largo y con dichosa suerte,
 " Y haga con ella (tal es la esperanza)
 " Del que á Esveno mató, dura venganza.

XXXVI

" Muerte le dió de Soliman la mano:
 " Soliman por su espada ha de ser muerto.
 " Tómalas, pues, y vé donde el cristiano
 " Campo á Salem sitiando hallarás cierto.
 " No hayas temor que del país pagano
 " Se te impida el camino en el desierto,
 " Que fácil te ha de hacer la áspera vía
 " La alta diestra de AQUEL que allí te envía.

XXXVII

" Quiere que por la voz que te ha dejado
 " Con la vida, se haga allí patente
 " La piedad, el valor y ánimo osado
 " Que en tu amado señor viste presente,
 " A fin de que este ejemplo señalado
 " Cruz y armas á tomar á otros aliente,
 " Y ora tras muchos lustros extendidos
 " Los ánimos inflame bien nacidos.

XXXVIII

" Que sepas falta á quién como heredero
 " La fortísima espada se le guarda:
 " Es Reynaldo, á quien cede el mundo entero
 " En fortaleza y valentía gallarda:
 " A él dala, y dí que el cielo justiciero
 " La venganza le da que el mundo aguarda."
 " Miétras á lo que aquel hablaba atiendo,
 " Otro milagro me admiró estupendo.

XXXIX

" Que donde el cuerpo rígido yacia
 " Ví de improviso un gran sepulcro abierto,
 " Que alzándose, el cadáver recogía,
 " Cómo ó por qué arte, á discurrir no acierto,
 " Y una inscripcion grabada que exponía
 " El nombre y la virtud del noble muerto.
 " Yo de tal vista no sabia partirme,
 " Viendo las letras ya, ya el mármol firme.

XL

" Dice el viejo: "A los suyos aquí unido,
 " Quede su cuerpo en el sepulcro honroso,
 " Miétras sus almas que al empíreo han ido,
 " Gozan perpetuo bien y glorioso.
 " Ya el último tributo merecido
 " Pagó tu llanto. Tiempo es de reposo.
 " Te albergaré hasta en tanto que al camino
 " El albor te despierte matutino."

XLI

" Calló, y por desigual sendero oscuro,
 " Yo arrastrándome apénas, caminamos
 " Hasta que abierta en el peñasco duro
 " A una profunda cueva nos llegamos,
 " Donde con su discípulo, seguro
 " Vive entre osos y lobos: allí entramos,
 " Que defensa mejor que arnés ó escudo
 " La inocencia á su pecho da desnudo.

XLII

" Cena silvestre y duro lecho ofrecen
 " A mis miembros descanso y vigor nuevo;
 " Mas apénas los rayos aparecen
 " Que de púrpura y oro lanza Febo,
 " Vigilantes á orar luego parecen
 " Los monjes, yo con ellos como debo;
 " Me despido despues del santo viejo,
 " Y aquí vine, siguiendo su consejo."

XLIII

Calló el Tudesco, y dícele el piadoso
 Bullon: "La nueva aciaga que trajiste
 " Del horrible suceso lastimoso,
 " Razon es que nos turbe y nos contriste,
 " Pues un auxilio amigo tan valioso,
 " Tuvo en tan corto tiempo fin tan triste.
 " Relámpago tu príncipe parece,
 " Que en un punto se muestra y desaparece.

XLIV

" Mas ¿qué? Morir como él más bien quisiera
 " Que oro ó reinos ganar con la victoria;
 " Ni Roma antigua recordar pudiera
 " Hazaña más ilustre y meritoria.
 " Del templo celestial en la alta esfera,
 " La corona inmortal les da ya gloria:
 " Creo que cada cual su herida bella
 " Allí muestre, gozándose con ella.

XLV

" Y tú, que á los peligros y fatiga
 " Aun quedas en el mundo militante,
 " En su triunfo á gozar su amor te obliga:
 " Alegra cual conviene tu semblante.
 " Pues de Reynaldo pides que te diga,
 " Sabe que de aquí léjos anda errante,
 " Y en su busca no apruebo que te muevas,
 " Mientras no tengas dél seguras nuevas."

XLVI

Esto al oír los otros, en su mente
 El amor á Reynaldo se despierta,
 Y exclaman: "¡Ay! entre pagana gente
 " Vaga el mancebo con fortuna incierta."
 Y casi no hay alguno que no cuente
 Al danés su valor segun acierta;
 Y de sus hechos la prolija lista
 Con asombro desplagan á la vista.

XLVII

Cada cual le recuerda y ver desea,
 Y cuando así está el campo conmovido,
 Ven un grupo volver que á pecorea,
 Como en la guerra se usa, habian ido,
 Y en abundancia miran que acarrea
 Lanar ganado y bueyes que han cogido,
 Y granos, aunque pocos, y pastura
 Que los caballos tengan en hartura.

XLVIII

Estos, de una aventura desgraciada
 Traen indicio, en apariencia cierto.
 Del buen Reynaldo, rota, ensangrentada
 La sobreveste, y el arnés abierto.
 Luego se esparce (¿y quién podría callada
 Tener tal nueva?) ruido vario, incierto.
 Doliente á la noticia el vulgo vuela
 Del guerrero, y las armas ver anhela.

XLIX

Ve y conoce muy bien por su grandeza,
 La coraza que en clara luz fulgura,
 Y las armas, con la ave que endereza
 La vista al sol contra su lumbre pura,
 Acostumbrando ver su fortaleza
 Primera ó sola en toda alta aventura,
 Ahora no sin lástima y sin ira
 Que rotas y sangrientas están, mira.

L

Mientras discurren todos susurrando,
 Cómo aquel paladin perdió la vida,
 El piadoso Bullon llama á Aliprando,
 Cabo de los que hicieron la corrida,
 Hombre franco y sincero; y deseando
 Dél oír la aventura referida,
 Todo el suceso mándale que cuente
 Sin que ocultar el bien ó el mal intente.

LI

Y respóndele aquel: "De aquí lejano
 "Cuanto en dos días anda un caminante
 "De Gaza en el confin, pequeño llano
 "Se hace, de la vía no distante;
 "De lo alto un riachuelo bien mediano
 "Que entre las plantas serpentea errante,
 "Alta selva y maleza enmarañada,
 "El lugar hacen propio á la emboscada.

LII

"Allí vamos en busca de ganado
 "Que paciendo anduviera por la orilla,
 "Y hallamos sobre el pasto ensangrentado
 "Un hombre muerto. Espanto y maravilla
 "Nos da la enseña y el arnés tranzado
 "Conocer, aunque el lodo lo mancilla;
 "A verle el rostro corro con presteza,
 "Mas hallo que le falta la cabeza.

LIII

"También la diestra falta; mil heridas
 "La espalda cubren y el robusto pecho,
 "Y con la águila de alas extendidas
 "Vacío el yelmo estaba á corto trecho.
 "Buscando quien nos dé nuevas cumplidas,
 "A un zagal sólo veo en un repecho
 "Que atrás el paso tuerce por huirnos
 "Tan pronto como pudo distinguirmos.

LIV

"Seguido y aprehendido, con destreza
 "Y apremio, preguntado, ha respondido
 "Que el día anterior salir de la aspereza
 "Del bosque mil guerreros, vió escondido,
 "Y uno de ellos llevaba una cabeza,
 "El rubio pelo en sangre tinto, asido,
 "La cual le pareció casi de un niño,
 "Pues al rostro miró y era lampiño,

LV

"Y vió luego que envuelta la ocultaba
 "En un cendal y del arzon pendiente;
 "Y agregó que el vestido le indicaba
 "Que los ginetes son de nuestra gente.
 "Desnudé el cuerpo, y tanto me apenaba,
 "Que lloré con la duda amargamente;
 "Sus armas traje, dando buen recado
 "De que fuese con honra sepultado.

LVI

"Mas si es el noble cuerpo que colijo,
 "Otra tumba, otra pompa bien merece."
 Calló Aliprando luego que esto dijo,
 Y que otra cosa sepa, no parece.
 Triste Gofredo, en nada tiene fijo
 El pensamiento, y más su duda crece.
 Sólo más claro conocer el busto
 Quiere, y quién fuera el homicida injusto.

LVII

Se alza en tanto la noche, y con su manto
 Cobija el mundo y cubre el firmamento.
 Y el sueño, ocio del alma y dulce encanto,
 Los males calma, da paz y contento;
 Mas no á Argilan, á quien aquejan tanto
 Dolor áspero y grave pensamiento,
 Que ni sus ojos ni agitado seno
 Puede el sueño aquietar grato y sereno.

LVIII

Este, de lengua y manos atrevido,
 Impetuoso y ardiente ingenio encierra.
 Nació orillas del Tronto, y fué nutrido
 De odio y rencores de intestina guerra.
 A destierro forzado, enfurecido
 Empapó en sangre y devastó la tierra,
 Hasta que al Asia vino, y guerreando
 Mejor fama y renombre fué cobrando.

LIX

Al fin cierra los ojos á la aurora,
 Mas no con sueño plácido y süave:
 Un estupor Alecto engañadora
 Como muerte le manda, torpe y grave,
 Que sus internas fuerzas asopora;
 Mas reposo aun durmiendo en él no cabe,
 Que la Furia cruel se le presenta
 Y con horribles trasgos lo atormenta.

LX

Hácele un busto ver del que cortada
 Estaba la cabeza y mano diestra,
 Y aquella, hirsuta, sucia, ensangrentada
 Y lívida, sostiene en la siniestra.
 Sollozar, lanzar sangre amoratada,
 Respirar y así hablar la boca muestra:
 "Huye, Argilan; ¿no ves que viene el día?
 "De Bullon huye y de su hueste impía.

LXI

"De hombre tan cruel, del fraude y la asechanza
 "Que me mató ¿fiar pueden mis amigos?
 "Os destina su odio á la matanza
 "Como á mí, de que sois todos testigos;
 "Mas si tu mano aspira á la alabanza
 "De que vence á sus fieros enemigos,
 "No huyas, no. Que aplaque aquel malvado
 "Con su sangre mi espíritu irritado.

LXII

"Contigo estoy: sombra de hierro y de ira
 "Ministro, te armaré la diestra y seno."
 Así le dice, y al hablar le inspira
 Nuevo espíritu de odio y furia lleno.
 Rómpele el sueño, y espantado él gira
 Ojos henchidos de letal veneno;
 Ármase y va á buscar con priesa ciega
 Los guerreros de Italia y los congrega.

LXIII

Juntos ya donde el grande arnés pendia
 Del buen Reynaldo, en voces descompuestas
 Toda la furia y rabia que sentia
 Hace en estas palabras manifiestas:
 "¿Conque hemos de sufrir la tiranía
 "De un pueblo desleal que tiene prestas
 "Siempre al crimen las manos, y á quien plugo
 "Darnos freno á la boca, al cuello yugo?

LXIV

"Lo que en siete años de gravoso y duro
 "E indigno hános impuesto su sevicia,
 "Bastante es para que hoy, y en lo futuro,
 "Roma é Italia ardieran con justicia.
 "Callo cómo Taneredo hizo seguro
 "Por armas y arte el reino de Cilicia,
 "Y ora á traicion el franco lo detenta:
 "Lo que el valor ganara, el fraude ostenta.

LXV

"Callo que si requiere una alta empresa
 "Mano pronta, buen seso, valor fuerte,
 "De nosotros alguno jamas cesa
 "Con hierro ó fuego en arrostrar la muerte;
 "Pero luego que el lucro ó que la presa
 "Pártense en ocio y paz, jamas la suerte
 "Es nuestra, pues aquellos sin decoro
 "Se apropian triunfo y gloria, y tierra y oro.

LXVI

"Tiempo hubo en que conducta tan villana
 "A indignacion mover pudiera el pecho.
 "Hoy ya la omito, que crudeza insana
 "Y horrenda, ligerísima la ha hecho.
 "Han matado á Reynaldo, y con la humana
 "La ley divina hollado y el derecho.
 "¿Y no fulmina el cielo? ¿Y no la tierra
 "Los traga y en su abismo los encierra?

LXVII

“ Han matado á Reynaldo, espada, escudo
 “ De la fe, y sin venganza está el insulto;
 “ ¡Sin venganza! en el suelo, allí desnudo,
 “ Lacerado dejaronle, insepulto.
 “ ¿Buscáis quién ser autor del crimen pudo?
 “ ¿A quién, oh compañeros, está oculto?
 “ ¡Ah! ¿quién no sabe que al valor latino
 “ Envidian Godofredo y Balduino?

LXVIII

“ Mas qué argumentos busco? Al cielo juro
 “ Que me oye y que engaños no consiente,
 “ Al aclararse el horizonte oscuro,
 “ Vagando ví á un espíritu doliente:
 “ Espectáculo ¡ay! crüel y duro
 “ Que el crimen de Gofredo hace patente.
 “ Lo ví, sueño no fué, y donde ora mire,
 “ Parece que á mi vista el triste gire.

LXIX

“ ¿Ora qué harémos? ¿Debe aquella mano
 “ Que aun de muerte tan bárbara está inmunda,
 “ Regirnos siempre? ¿O al país lejano
 “ Huirémos que el Eufrates inunda,
 “ Y el populoso, rico y fértil llano
 “ Que puebla gente vil, nutre y fecunda?
 “ Nuestro puede bien ser. Le ganarémos
 “ Sin que á los francos parte alguna demos.

LXX

“ Andad: quede la sangre sin venganza
 “ Si así os parece, ilustre é inocente;
 “ Aunque si el brío vuestro sin mudanza
 “ Cual siempre ha sido hoy se mostrara ardiente,
 “ La sierpe horrenda que á extinguir se lanza
 “ La flor y luz de la latina gente,
 “ Con su muerte daría un escarmiento
 “ Que á los otros seria advertimiento.

LXXI

“ Yo haría, yo, si vuestro heróico brío
 “ Cuanto hacer puede tanto osar quisiera,
 “ Que hoy esta mano al corazon impío
 “ De traicion nido, justa pena diera.”
 Dijo furioso. A todo su albedrío
 Arrastra aquella multitud guerrera;
 “ ¡Arma! ¡arma!” loco grita, y juntamente
 “ ¡Arma! ¡arma! clama la soberbia gente.

LXXII

Agita Aleto allí su diestra armada,
 Y de fuego y veneno hinche los pechos;
 Crecen la ira, el odio y la malvada
 Sed de sangre que impele á crueles hechos;
 Sigue el rastro la peste, y dilatada,
 Le son las tiendas límites estrechos
 De los de Italia; á los helvecios cunde,
 Luego entre los ingleses se difunde.

LXXIII

Ni sólo gente extraña hay á quien mueva
 El gran público daño al alzamiento;
 Que antiguas causas dan á la ira nueva
 Motivo juntamente y alimento:
 Todo encono aplacado se subleva:
 Impío al franco llaman y sangriento;
 Y dan voz la amenaza y el insulto
 Al odio que no puede estar ya oculto.

LXXIV

Así el licor en vaso que en el foco
 De hoguera puesto se levanta ardiente,
 En borbotones bulle, y poco á poco
 Subiendo va y rebosa de repente.
 No bastan á enfrenar al pueblo loco
 Los pocos que discurren cuerdateamente;
 Y Tancredo y Camilo léjos andan,
 Guillermo y otros que supremos mandan.

LXXV

Ya á las armas los más se precipitan
 En confuso tropel, pueblos feroces,
 Y con cantares bélicos se excitan
 Y sediciosas trompas y altas voces.
 Al pio Bullon que se arme en tanto gritan
 Muchos de aquí y de allí nuncios veloces,
 Y ántes que todos, ya Balduino armado,
 A él se presenta y se le pone al lado.

LXXVI

Él, que se oye acusar, la vista al cielo
 Alza, y cual suele, á Dios acude orando:
 "Señor, que sabes bien con cuánto celo
 "Aborrezco la sangre en civil bando:
 "De las mentes de éstos rasga el velo,
 "Reprime su furor ciego y nefando;
 "Y pues soy á tus ojos inocente,
 "Haz que así al ciego mundo sea patente."

LXXVII

Calló, y siente que el cielo le ha infundido
 Calor nuevo, en sus venas desusado,
 De alto vigor y de esperanza henchido,
 Que el rostro muestra y le hacen alentado.
 Con los suyos se lanza decidido
 Contra los que á Reynaldo hacer vengado
 Creían, y las armas y denuestos
 Que oye, no hacen sus pasos ménos prestos.

LXXVIII

Le cubre la coraza, y sobreveste
 Le adorna, rica más que de costumbre;
 Rostro y manos desnudos, de celeste
 Majestad en él brilla nueva lumbre;
 El cetro de oro agita, y sólo de éste
 Se arma para aquietar la muchedumbre.
 Tal se muestra y de modo tal razona,
 Que no parece ser mortal persona.

LXXIX

"¿Qué necias amenazas, cuál escucho
 "Vano estrépito de armas? ¿Quién lo mueve?
 "¿Así me respetais? No será mucho
 "Que querais que quien soy ahora os pruebe.
 "¡Sospechais de Gofredo! Y yo, yo lucho
 "Con cargo de traicion. ¡Y hay quien lo apruebe!
 "¿Quizá esperais tambien que os me doblegue
 "Y os dé satisfaccion y humilde os ruegue?"

LXXX

"¡Ah! jamas oiga indignidad tamaña
 "La tierra, de mi nombre toda llena;
 "Este cetro y más de una ilustre hazaña
 "A darme bastarán defensa plena;
 "Mas justicia, á piedad que la acompaña
 "Ceda hoy y los reos no hayan pena;
 "Perdonando, á otros méritos atiendo
 "Y á vuestro buen Reynaldo honrar pretendo.

LXXXI

"Lave sola el comun delito odioso
 "La sangre de Argilan, su autor primero,
 "Por sospecha levísima á espantoso
 "Desórden, impulsando al campo entero."
 Brilla y fulgura en regio y majestuoso
 Aspecto, miéntras habla, el gran guerrero;
 Tal que Argilan, confuso y subyugado,
 Teme (¿quién lo creyera?) un rostro airado.

LXXXII

Y el vulgo ántes audaz, irreverente,
 Que de orgullo y de cólera bramara,
 Y pronta mano al hierro y fuego ardiente
 Habia puesto, que el furor depara,
 Por vergüenza y temor alzar la frente
 No osa, escucha la voz, su furia pára,
 Y aunque con armas á Argilan rodea,
 Sufre que atado y prisionero sea.

LXXXIII

Así el leon que su melena horrible
 Bramando sacudia, fiero, altivo,
 Si mira airado al dueño, que terrible
 Domeñar supo su furor nativo,
 El yugo aguanta que le fué insufrible,
 Y á un solo amago tiembla ahora cautivo,
 Y ni por la melena, garra ó diente
 Tan fuertes, su soberbia alzarse siente.

LXXXIV

Es fama que se vió, con rostro crudo
 En actitud atroz, amenazante,
 A un alado guerrero, fuerte escudo
 Por defensa, á Bullon poner delante,
 Y cual rayo vibrar hierro desnudo
 Que aun de sangre veíase humeante.
 De reino ó pueblo acaso sangre era
 Que del cielo en la cólera incurriera.

LXXXV

Quieto el tumulto así, van deponiendo
 Las armas, y con ellas la ojeriza,
 Va á su tienda Gofredo y discurriendo
 Cosas varias, sus planes analiza:
 El de un ataque á la ciudad tremendo
 Para ántes de tres dias formaliza;
 Y las máquinas fuertes examina
 Con que expugnar los muros determina.

FIN DEL CANTO OCTAVO.

CANTO NOVENO.

Conjúrase el infierno con Soliman y con los árabes, en daño de los fieles.
 Batalla nocturna. San Miguel dispersa á los
 monstruos infernales y devuelve la victoria á Godofredo.

I

Viendo el monstruo infernal ya sosegados
 Los vientos, las contiendas, la ira ardiente,
 Y que es vano luchar contra los hados
 Y los decretos de la eterna mente,
 Párte y los campos quedan agostados
 Donde pasa, el sol falta de repente.
 Con más furia y más negras artes malas
 A nueva empresa atroz tiende las alas.

II

De sus espías por la industria y arte,
 Sabe que del cristiano campamento
 Fuera Reynaldo está en remota parte
 Y Tancredo y los más de grande aliento.
 Dice: "¿Qué esperas ya para lanzarte?
 " A guerra Soliman venga al momento
 " Inesperado. Triunfará de cierto
 " De un campo en disension, casi desierto."